

Las Matemáticas y su historia

Desde hace más de dos milenios se ha considerado que una cierta familiaridad con las Matemáticas era parte indispensable en la formación intelectual de toda persona cultivada. Desafortunadamente, en los últimos tiempos se ha venido produciendo un vacío en la formación matemática de las élites intelectuales. Varias son las razones convergentes que han llevado a esta lamentable situación. No es este el momento adecuado para un análisis de las mismas. Pero sí quisiera subrayar que toda persona que quiera comprender el mundo en que vive ha de poseer una verdadera comprensión de la Matemática como un todo orgánico que sirve de base para el pensamiento y la acción científicos.

Desde los supuestos que anteceden hay que valorar el acierto de Alianza Universal al publicar en castellano la obra de Nicolas Bourbaki, «Elementos de historia de las Matemáticas». Nicolas Bourbaki es el seudónimo colectivo de un grupo de destacados matemáticos franceses contemporáneos que se han propuesto la formidable empresa de elaborar sistemáticamente todos los conocimientos de la ciencia matemática actual. Es un ambicioso proyecto abierto, como corresponde a la índole del empeño. «Elementos de historia de las Matemáticas» reúne, sin modificaciones sustanciales, la gran mayoría de las notas históricas que acompañan a los tomos ya publicados de la célebre obra de Bourbaki, «Éléments de Mathématiques».

El conocimiento auténtico de una ciencia exige el de la génesis, desarrollo e interrelaciones de las teorías que la componen. La Matemática es una manifes-

tación de la mente humana, y el hombre es un ser histórico. De este hecho deriva la importancia de la historia de las Matemáticas. No podemos calibrar en su perspectiva cabal los actuales conocimientos matemáticos sin un trazado satisfactorio de la evolución de los mismos. La historia de las Matemáticas se inicia en Oriente, donde hacia el año 2000 a. d. C., los babilonios poseían ya gran cantidad de material que hoy podría clasificarse como perteneciente al Álgebra elemental. Pero como ciencia, en el sentido moderno, la matemática aparece más tarde en Grecia, entre los siglos V y IV a. d. C., cuando los conocimientos orientales se sometieron al rigor lógico y adquirieron una sistematización axiomática-deductiva.

Desde los «Elementos» de Euclides, en que se aplica la lógica aristotélica a los conocimientos empíricos, hasta los logros de la Matemática más reciente ha transcurrido un largo período de tenaces esfuerzos intelectuales, que hacen de la historia de las Matemáticas un apasionante relato de una de las más increíbles aventuras del espíritu humano.

A grandes rasgos pueden distinguirse tres estilos o modos del pensamiento matemático:

1. La Matemática griega, caracterizada por una tendencia axiomático-deductiva al hilo de la lógica aristotélica.

2. La de los siglos XVII y XVIII, en que se produce una auténtica revolución matemática en medio de una verdadera orgía de conjeturas intuitivas, a partir de las cuales se obtienen extraordinarios logros operativos que ayudan a la expansión de la Física, en ese período en su momento ascendente.

3. Desde el siglo pasado y durante el actual se despierta entre los matemáticos el sentido de la autocrítica, desde

el que se trata de poner orden sistemático al fabuloso universo matemático explorado en el período anterior. Esta actitud crítica ha llevado al planteamiento radical y formal de lo que se ha denominado «la crisis de los fundamentos de la Matemática». ■ PEDRO FERNAUD.

Vino, éxtasis y Ordóñez

La colección «Cuadernos Anagrama», que en su sección de Filosofía está dirigida por Eugenio Trias, suele editar, invariablemente, libros interesantes y, por las características de la colección, breves, lo que también es un mérito no pequeño. Ahora publican un ensayo de Víctor Gómez Pin (1) que me atrevo a calificar como uno de los textos filosóficos más atractivos publicados en España durante el último trienio (que ha sido, lo recordará por sí alguien lo ignora, de los más fecundos y estimables para tal tipo de publicaciones desde la guerra civil).

No sé si a Víctor Gómez Pin le colgarán el sambenito de «neonietzscheano»; probablemente se lo acarreen estas mismas líneas que le dedico, porque, al parecer, flor que toco se deshoja... (una mención de dos líneas, en el prólogo de un libro mío, a Agustín García Calvo, y todavía le están sacando a su «Sermón» filiacones con Zaratustra). ¡Qué le vamos a hacer! ¿Podrá este platónico lúcido y liberal perdonarme el mote que por mí causa se le acerca? Seguro que sí: a fin de cuentas, también los profesores cesantes tenemos derecho a ganar unas pesetas...

Dice el título: De «usía» a «manía». Usía, es decir, lo sustancial,

(1) «De usía a manía», Víctor Gómez Pin. Cuadernos Anagrama, 1972.

lo recto, lo lúcido, lo legislado; manía, es decir, lo arrebatado, lo caótico, lo extático, lo demente, lo ebrio. ¿Están perfectamente delimitadas ambas instancias o, por el contrario, puede hablarse de un éxtasis lúcido, una legislación caótica, un ordenamiento anárquico? La vía hacia la ley y el fundamento que la usía platónica (Platón, ¿recuerdan?, el señor ese que, aristócrata y tal como le parieron, pretendió filosofar en la vieja —hoy viejísima— Grecia) centró en los caminos del amor, la dialéctica y la muerte, ¿no podría más bien llevar a las tinieblas, la disolución, el insondable caos?

El vino es el elemento privilegiado que se confronta con el individuo consciente de su estable identidad y la pone a prueba. Penetrar en el vino, durante el banquete, es elegir lo que nos obliga a dejar de manejarnos, lo que nos compromete en un camino que, por un lado, nos precipita en lo infundado y, por otro, nos muestra la caótica vanidad del fundamento mismo. El ebrio no está por encima de sus experiencias, como el decoro y la ley exigen; la bebida le quita el camino de vuelta hacia esa exigencia de la ciudad para con él: que controle su experiencia, sin permitir ser avasallado nunca por ella, sin perderse nunca en ella, para seguir siendo responsable, cuando el momento lo exija, de sus actos. Participar de la ciudadanía es poder ser, en cualquier momento, culpable; quien se entrega al vino, se burla de la justicia; ya no puede firmar ninguno de sus gestos.

En los diálogos platónicos, el tema de la embriaguez reviste un doble aspecto: en primer término, la justicia exige renunciar a todo aquello que multiplica o aniquila nuestra identidad y nos hace sentir sin trabas; debe elegirse la vida de la luci-

dez, del eros armonioso y la dialéctica. Pero, y este es el segundo aspecto, cuando en la República quiere Sócrates explicar el paraíso que espera a los justos, los describe en el más allá «coronados de flores y enteramente ebrios para toda su vida, cual si el mejor premio para la virtud fuese la embriaguez eterna». La experiencia irresponsable es, evidentemente, lo más digno de ser deseado, pero, precisamente por eso, la República debe impedir que ninguno de sus súbditos se entregue a ella demasiado pronto, pues ése ya no quedará ni hará nada. Lo que es bueno como premio infinitamente aplazable (hasta el más allá del trabajo, nunca debe caer en manos de alguien gratuitamente, pues ése ya no trabajará. Bien está la dócil embriaguez del sábado por la tarde o del día de Nochevieja, que refrenda el ciclo laboral inevitable; pero todas las condenas de la ley y la moral caen sobre el drogadicto habitual, ya plena e irremisiblemente improductivo. (Una advertencia: el vino es el útil prototípico de la embriaguez; los razonamientos del libro comentado bien pueden abarcar las otras drogas embriagadoras de la actualidad.)

La cotidianeidad establecida exige un principio fundador que garantice las identidades; el «Parménides» inventó el total de las dificultades que acosan a quien trata de elegir como fundamento lo UNO, de lo que ni siquiera podría predicarse que es al utilizarlo como fundante de lo real. La usía, al final de su lúcido trayecto, tropieza con la aporía de una unidad que no es; la manía, en su éxtasis, tiene la revelación de una ausencia de fundamento que es diferencia y unidad. Figura imborrable del torero, en el tentadero desierto, hallando en un mismo gesto la plena entrega al momento distinto y uni-

co, dentro de la plena realización de un canon de belleza sustancial, mientras ronda la muerte.

Dedica Víctor Gómez Pin uno de los apéndices de su libro a «Muerte en Venecia», con observaciones sutiles y profundas. Pero me extraña que no haga notar explícitamente el paralelo entre esta obra y «Las bacantes», de Eurípides: enfrentamiento entre Apolo y Dionisos, el joven dios de cabello rubio, los viejos entregados gayamente al culto báquico, la mezcla de atracción-repulsión por el adolescente inasible, la pesadilla de la bacanal, el disfraz de afeites y rizos con los que se transforma para aproximarse al dios que le matará... La obra de Mann es una recreación del tema griego con todo detalle (¡incluso la epidemia desconocida!).

Diré, finalmente, que de pocos libros me encuentro tan cerca, en todos los sentidos, como de éste de Víctor Gómez Pin. Auténtico, vital, apasionante discurso filosófico. ■ FERNANDO SAVATER.

«Comentarios impertinentes sobre el teatro español»

Siempre es fastidioso comentar un libro en el que uno es mencionado e interpretado. Sobre todo si uno está en desacuerdo con la interpretación de que es objeto y el libro lo ha escrito una persona que nos merece estima y respeto.

Quizá por eso no he comentado hasta ahora el apasionado libro de José María Rodríguez Méndez. Pero pienso ahora sí no resultará equívoco cierto silencio y no será mejor hacer el comentario, a sabiendas de sus peligros y la necesidad de sortearlos